

Estas páginas recogen un breve curso de actualización acerca de los Evangelios. Originalmente fueron concebidas como un discurso oral, sin otro objetivo que trazar un esquema que pudiera orientar posteriores lecturas de los oyentes. El curso se estructuró en diez capítulos. Tras estas páginas de presentación, se tratarán las siguientes materias:

Los tres primeros temas se dedican a la formación de estos relatos. En ellos se repasa el proceso que va desde el mandato de Cristo a sus apóstoles de predicar el Evangelio (cfr. Mc 16,15) hasta la puesta por escrito de cada uno de los Evangelios (cfr. Lc 1,1-4).

Después, se dedican otros cuatro capítulos a señalar las características más importantes de los evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Se atenderá a algunos rasgos de estilo propios de cada evangelista que puedan ayudarnos a comprender mejor la imagen de Cristo que nos proponen.

Finalmente, otros tres capítulos se reservarán para el estudio de algunos aspectos de los contenidos de los Evangelios. Estos últimos capítulos pretenden ser una ejemplificación práctica, con textos de los Evangelios, de lo expuesto en los temas anteriores.

Nos pareció que de este modo se hacía justicia a los motivos que han ocupado más páginas en la investigación contemporánea

de los Evangelios, al tiempo que se daba razón de los contenidos expuestos en la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, n. 18, cuando afirma la inspiración de estos textos sagrados, su historicidad y su capacidad para ser fundamento de la fe en Cristo:

«Entre todas las Escrituras, incluso del Nuevo Testamento, los Evangelios ocupan, con razón, el lugar preeminente, puesto que son el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo Encarnado, nuestro Salvador. La Iglesia siempre y en todas partes ha defendido y defiende que los cuatro Evangelios tienen origen apostólico. Pues lo que los apóstoles predicaron por mandato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos mismos y los varones apostólicos nos lo transmitieron por escrito, como fundamento de la fe, es decir, el Evangelio en cuatro redacciones, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan».

#### POR QUÉ ESTOS TEMAS Y NO OTROS

Cada capítulo de este libro responde, o ha querido responder, a una pregunta, a lo que nos ha parecido una cuestión de actualidad. Sin embargo, hay un motivo de fondo común a todos que no es otro que el que intenta contestar a la pregunta: ¿cómo se pueden leer y comprender los Evangelios, ahora? Es claro que un cristiano lee los Evangelios como testimonios históricos de la vida y obra de Jesús y también que los lee en la Iglesia y en la Tradición de la Iglesia. En esto coincidimos con la gran Tradición, con la lectura que han hecho por ejemplo San Agustín o Santo Tomás de Aquino.

Sin embargo, aunque confesamos la misma fe que los Padres y Doctores de la Iglesia —y no sólo eso, sino que nos servimos de sus lecturas como una clave a la hora de hacer las nuestras—, nosotros no estamos en el mismo lugar que ellos. Si Orígenes tuvo que responder a Celso, que afirmaba que los milagros eran embustes y los Evangelios se contradecían entre sí, un lector culto actual debe poder responder además a la sospecha introducida con el racionalis-

mo que tiende a afirmar que los evangelistas no cuentan lo que hizo o dijo Jesús sino que muestran la imagen –mitificada, decían los ilustrados– que de Él nos transmitió la primera comunidad cristiana. En otras palabras, los Evangelios, según dicen ellos, no nos hablan del Jesús de la historia sino del Cristo de la fe. Se puede afirmar que el empeño principal de la investigación católica sobre los Evangelios en el siglo XX se ha dirigido sobre todo a mostrar que este binomio no es de opuestos, sino de complementos, y que un estudio atento, racional y metódico, de las circunstancias de la primera comunidad cristiana, y de los Evangelios, nos lleva a concluir que el Jesús de la historia es el mismo que el Cristo de la fe. Además, de esa investigación se ha derivado un mejor conocimiento para entender y leer los Evangelios. Esto es lo que, paso a paso, se intentará mostrar en estas páginas.

#### LOS TEMAS QUE LO COMPONENTEN

El primer tema lo hemos titulado «El camino crítico» y lo desarrolla Juan Chapa, profesor de Orígenes del Cristianismo y de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. El punto de partida –la razón de actualidad– es el siguiente. En los últimos diez o quince años han aparecido en el mercado editorial muchos libros que podrían englobarse bajo el título de «Vidas de Jesús». En algunas ocasiones nos encontramos ante publicaciones que buscan el escándalo o el éxito editorial, pero también es habitual descubrir obras de prestigiosos investigadores, católicos –J. Gnllka, J.M. Casciaro, J. Meier, R. Schnackenburg, R. Penna, R. Brown, A. Puig, etc.– o protestantes –G. Theissen, J. Schlosser, B. Witherington, etc.–, que, con un examen sereno de las fuentes, son capaces de componer una vida de Cristo basada en los Evangelios y en los documentos de la época. Es verdad que en este trabajo los investigadores deciden a menudo lo que consideran obra de Jesús y lo que consideran que es una explica-

ción de la primera comunidad cristiana, y también es verdad que en ocasiones algunos se quedan cortos en sus conclusiones, y dejan de lado aspectos importantes, por considerar que no vienen de Jesús sino de la primera comunidad.

Una discusión más puntual tendría que analizar detalladamente cada uno de estos libros, pero, en su conjunto, la aparición de estas obras era bastante impensable en las décadas anteriores, es decir, entre 1960 y 1990. Las recientes vidas de Jesús en forma de biografías escritas por especialistas ponen de manifiesto que en la investigación de los Evangelios y de la vida de Jesús estamos en un momento optimista: la arqueología, el mejor conocimiento del judaísmo, de la religión y del ambiente de Palestina en el siglo I han hecho evidente que es posible verificar históricamente lo que se cuenta en los Evangelios.

Sin embargo, para entender estas circunstancias del momento presente hay que recorrer el camino trazado por la investigación sobre Jesús y los Evangelios en los dos últimos siglos: desde los inicios de esta investigación, cuando, a finales del siglo XVIII, se pone en duda la tradición recibida, y se quiere reescribir la historia de Jesús; pasando por el segundo momento, durante la primera mitad del siglo XX, cuando se desconfió de la posibilidad de conocer con certeza a Jesús y, por tanto, se dudó de la capacidad de escribir una «Vida de Jesús»; hasta el momento presente, donde tal posibilidad se ve confirmada. Son muchos los contenidos que habría que convocar en este tema. El capítulo se detendrá, sobre todo, en dos motivos que pueden servir para situar mejor al lector de los Evangelios. Son:

1. Las diversas fases que ha atravesado la investigación sobre Jesús en los dos últimos siglos.
2. Los criterios de investigación que se utilizan para mostrar la historicidad de lo relatado en los Evangelios.

El segundo tema lo hemos titulado «Los Evangelios: historia y doctrina» y lo desarrollaré yo mismo. En él se resumen los aspectos

positivos que se han derivado de la investigación crítica realizada sobre los Evangelios en los dos últimos siglos. Esta investigación ha permitido descubrir con relativa claridad que los Evangelios hay que leerlos como lo que son. Y los Evangelios no son solamente unos relatos sobre Jesús, sino que son una proclamación sobre Jesucristo según el testimonio de la predicación apostólica. Es decir, son relatos de las obras y las palabras de Jesús, pero relatos que son también enseñanza, catequesis. Los Evangelios tienen inscrita la enseñanza, porque reproducen la predicación apostólica que, obviamente, con su memoria de Jesucristo y de sus acciones, pretendía evangelizar.

La cuestión se puede ver también desde otro punto de vista. A veces, ante la lectura de un pasaje evangélico, nos podemos preguntar: «Los relatos de los Evangelios, ¿son historia con doctrina, doctrina revestida de historia, historia en bruto?». Veamos un ejemplo. Acudimos al pasaje del ciego de Betsaida, tal como lo recoge San Marcos (Mc 8,22-26). Más de una vez habremos oído en la predicación –y lo habremos leído también en las notas bíblicas correspondientes al pasaje– que este episodio, situado inmediatamente antes de la confesión de San Pedro en Cesarea de Filipo (Mc 8,27-30), resume el itinerario de la fe del apóstol hasta ese momento: desde que le presentan al Señor hasta que le confiesa como Mesías. Este itinerario pasa desde no ver nada, a ver algo (Mc 8,23), hombres como árboles pero que andan (Mc 8,24), para, finalmente, ver todo perfectamente, apreciando con claridad incluso las cosas que están lejos (Mc 8,25). La predicación, o las notas de la Biblia, habrá hecho notar asimismo que ése no es sólo el itinerario de Pedro, sino que es el itinerario de la fe de todo cristiano.

Lo dicho para este episodio vale para casi todos los pasajes de los Evangelios sinópticos. Puede pensarse por ejemplo en la narración de la Última Cena en los dos primeros Evangelios: el relato se parece más a los textos de la consagración recogidos en las Plegarias Eucarísticas que a una crónica de los acontecimientos que podría haber relatado punto por punto alguno de los doce apóstoles.

Ante fenómenos de este tipo, nos preguntamos, ¿qué son los Evangelios: una crónica abreviada, una catequesis? ¿Qué hay que buscar en ellos: una historia, una enseñanza o las dos cosas?

Algunas de estas preguntas se resolvieron en parte en el capítulo anterior. Aquí se tratará únicamente de un aspecto: qué verdad de Jesús y de la predicación de los apóstoles está presente en los relatos de los Evangelios. Este tema presidió la investigación y las discusiones de los exegetas hasta el Concilio Vaticano II. La Constitución Dogmática *Dei Verbum* en su n. 19 resume una instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica acerca de la verdad de los Evangelios, y es un auténtico protocolo de trabajo y una guía para la lectura del Evangelio. Guiados por ese documento, trataremos de mostrar que los Evangelios son historia y doctrina, y que lo son desde su misma composición. Los Evangelios son fieles a la predicación apostólica y la predicación apostólica es fiel a las acciones de Cristo. En definitiva, y volviendo al ejemplo del inicio, se trata de exponer de qué manera los textos de los Evangelios, por venir de la predicación apostólica, son a la vez históricos y significativos.

El capítulo tercero lo hemos titulado «Las metodologías» y lo desarrolla Juan Luis Caballero, profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. El tema complementa a los dos anteriores y, por tanto, cierra esta primera parte del programa.

En la Iglesia, siempre se han estudiado los Evangelios con minuciosidad, con atención a lo que el Espíritu Santo ha querido que quedara en esos escritos. Este estudio habitualmente se ha servido también de las técnicas de investigación presentes en las ciencias humanas. A lo largo del pasado siglo esta atención en el estudio se dirigió, como se ha visto, a la formación de los Evangelios. Sobre todo se utilizaron dos modelos metodológicos: la crítica de las formas y la crítica de la redacción.

Tal vez la metodología más relevante haya sido la crítica de las formas. Al leer los Evangelios nos damos cuenta de que muchas

veces, especialmente cuando tratan de la vida pública de Cristo, la narración se parece más, por usar una imagen gráfica, a una colección de diapositivas que a una breve película. Además, muchas veces las escenas parecen dibujadas según esquemas prefijados. Por ejemplo, los relatos de llamada por parte de Jesús recogen siempre, o casi siempre, las mismas o parecidas acciones y palabras. Recordemos la llamada de Pedro:

«Mientras caminaba junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón el llamado Pedro y Andrés su hermano, que echaban la red al mar, pues eran pescadores. Y les dijo: “Seguidme y os haré pescadores de hombres”. Ellos, al momento, dejaron las redes y le siguieron» (Mt 4,18-20).

Jesús pasa, ve a unos hombres, les llama a seguirle, y éstos dejan lo que tienen entre manos y le siguen. De la investigación histórica que podemos realizar en otros Evangelios, sabemos que este momento vino precedido de un conocimiento y trato de Jesús con Pedro (cfr. Jn 1,43). Pero lo que reproduce el relato evangélico es casi un compendio de lo que «debe ser» el seguimiento de Cristo: cuando uno se siente mirado y llamado debe dejar todas las cosas y seguir a Jesús. Un diseño parecido puede verse en la llamada a Mateo (Mt 8,9), al joven rico (Mt 19,16-22), etc.

Lo mismo podría decirse de otros episodios, como las controversias de Jesús con los fariseos, etc. La crítica de las formas estudia estos esquemas que estructuran cada uno de los pasajes de los Evangelios y después intenta determinar en qué momento y lugar de la predicación apostólica (anterior, por tanto, a la redacción de los Evangelios) pudo haberse forjado el modelo para cada uno de los relatos (a título de ejemplo, parece claro que las controversias sobre el sábado, difícilmente podrían haberse puesto por escrito en ambiente helénico o romano, sin contacto con judíos).

El estudio de estas unidades menores en relación con la predicación apostólica es el que se asigna a la crítica de las formas. La

crítica de la redacción o el análisis narrativo, por su parte, se encargan de estudiar cómo estos breves pasajes se ensamblan en un relato entero como es el Evangelio; además, se preguntan por el sentido que tiene cada pasaje en el conjunto de la narración.

Pero esto se verá con más detalle en su momento. Vamos a seguir. Los cuatro temas siguientes, que desarrollaremos Juan Luis Caballero, Juan Chapa y yo, se dedican a cada uno de los «cuatro Evangelios»: Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Una aproximación elemental a los Evangelios es patrimonio común de una persona medianamente culta. Por tanto, esos contenidos no se van a repetir en estas páginas. Lo que haremos será servirnos de ese esquema tradicional –autor del Evangelio, circunstancias de su composición, características principales, etc.– para señalar dos cosas:

a) Cada uno de los evangelistas no cuenta todo lo que sabe, sino aquello que le parece relevante en ese momento. El último versículo del cuarto Evangelio dice literalmente:

«Hay, además, otras muchas cosas que hizo Jesús y que, si se escribieran una por una, pienso que ni aun el mundo podría contener los libros que se tendrían que escribir» (Jn 21,25).

Esto quiere decir que los evangelistas seleccionan el material del que disponen y lo componen con una orientación determinada. Esta orientación depende de dos factores: en primer lugar de la fuerza de los hechos, es decir, de lo que reciben de la tradición; en segundo lugar, de las circunstancias de los destinatarios. Dicho de otra forma: intentaremos señalar cómo los evangelistas son fieles a la tradición que reciben y, al mismo tiempo, actualizan esa tradición haciendo de ella catequesis para sus destinatarios.

b) La segunda característica de la orientación de estos cuatro capítulos se refiere al punto de vista elegido. Hemos escogido como motivo orientador el axioma común en la crítica literaria moderna que afirma que la forma de un texto es una parte del con-



tenido que transmite. Queremos señalar cómo hasta el estilo del evangelista puede hacernos comprender mejor la esencia de su mensaje.

Proceder de esta manera, aunque pueda presentar algún inconveniente, tiene cuando menos dos ventajas:

1. Por una parte, el oyente podrá encontrar una ayuda en su lectura del Evangelio. Las características formales de los Evangelios una vez conocidas le resultan claramente identificables en la lectura. De esta manera es capaz de descubrir más fácilmente y con más aprovechamiento el significado del pasaje en el Evangelio concreto que esté leyendo.
2. Por otra parte, el contenido doctrinal se puede exponer en la forma que tiene en cada Evangelio. Dicho de otro modo, no se trata de proponer una doctrina que se «confirma» o se prueba a través de los Evangelios, sino que esa doctrina se expone desde dentro, desde la forma que tiene en cada Evangelio. Un ejemplo lo podrá aclarar. Los tres sinópticos, con toda la tradición, muestran que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Pero lo hacen de manera distinta: en San Marcos se muestra la verdadera humanidad de Jesús describiendo a lo vivo sus sentimientos humanos: se entristece, se alegra, tiene pavor, ama, bendice, etc. En San Mateo, en cambio, lo que se subraya en la humanidad de Jesús es su carácter de maestro que enseña pacientemente a sus discípulos.

El siguiente capítulo, el octavo, se titula «Unos ejemplos», y está redactado por Juan Luis Caballero. Los temas estudiados hasta el momento habrán proporcionado conocimientos suficientes como para poder enfrentarse a unos textos del Nuevo Testamento y reconocer en él las diversas notas que se han apuntado hasta ahora. Se elegirán unos pasajes del Nuevo Testamento, y a partir de ellos se intentará:

1. Mostrar los pasos que se siguen para tratar de poner de manifiesto la historicidad de lo que se narra.

2. Sacar a la luz la enseñanza que transmite el pasaje en el marco de la tradición apostólica reflejada por los Evangelios.
3. Subrayar además lo que añade o matiza cada uno de los evangelistas a la vista de sus destinatarios.

Se elegirán pasajes relativamente fáciles de estudiar, de modo que estos pasos se puedan identificar con cierta claridad en elementos presentes en el texto en cuestión.

Desde aquí pasamos ya a los dos últimos temas que versarán sobre dos contenidos de los Evangelios, «Los milagros de Jesús», a cargo de Juan Chapa, y «La predicación de Jesús», que desarrollará Francisco Varo, profesor de Antiguo Testamento y de Historia del Judaísmo en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Se podrían haber elegido otros motivos, pero estos dos tienen un punto en común que merece ser analizado: al examinar en los Evangelios estos temas –los milagros y la enseñanza–, y compararlos con las prácticas de la época, enseguida se pone de manifiesto la personalidad de Jesús, y se percibe también la estrecha unión que hay entre su ser, sus obras y su misión.

El análisis de los textos evangélicos y del contexto de la época descubre a los ojos de los investigadores, no sólo del creyente, que Jesús hizo milagros y que hizo muchos: la investigación invita más fácilmente a concluir que hizo milagros que a lo contrario. Ahora bien, cuando se sigue el examen y se comparan los relatos de los milagros con otros relatos del momento, se descubre enseguida que los milagros de Jesús tienen una impronta propia. Esta impronta se puede resumir en dos características: Jesucristo actúa con autoridad, y sus milagros están al servicio de la obra del Reino de Dios que ha venido a establecer.

a) Autoridad. Todo milagro muestra la acción de Dios en el mundo, pero los milagros de Jesús muestran que Dios actúa en Él, y no sólo a través de Él. Por eso realiza estos hechos asombrosos con autoridad propia, y por eso los evangelistas los denominan *dynameis*, fuerzas. Frente a los milagros de algunos rabinos, que

también están documentados, en los que a la oración del elegido Dios responde con una curación, Jesús realiza las obras asombrosas por su propia autoridad. El centurión de Cafarnaum lo captó perfectamente, y Jesús alabó su fe:

«Señor, no soy digno de que entres en mi casa. Pero basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Pues también yo soy un hombre que se encuentra bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes. Le digo a uno: “Vete”, y va; y a otro: “Ven”, y viene; y a mi siervo: “Haz esto”, y lo hace» (Mt 8,8-9).

El centurión no necesita pedirle permiso al César para mandarle algo a un soldado y que éste lo haga: tiene esa autoridad concedida por el César, y de la misma manera Jesús no necesita pedirle a Dios que obre extraordinariamente en el mundo, pues Jesús tiene esa autoridad de Dios.

b) Manifestación del Reino de Dios. Además, los milagros no tienen como fin la exaltación de Jesús, ni siquiera tienen primeramente una finalidad apologética que autentifique sus palabras. Los milagros son una manera de manifestar que el Reino de Dios está ya presente en el mundo. Por eso mismo tienen también un aspecto docente, revelador. En el cuarto Evangelio, que no denomina a los milagros «fuerzas» sino «signos», este aspecto está más claro, pero también es perceptible en los sinópticos.

Con la predicación pasa una cosa semejante. Si se examinan las maneras de enseñar del tiempo de Jesús —y también los contenidos— al estudioso le ocurre lo mismo que a los habitantes de Cafarnaum cuando oyeron por primera vez a Jesús:

«Y se quedaron admirados de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene potestad y no como los escribas [...] ¿Qué es esto? Una enseñanza nueva con potestad» (Mc 1,22.27).

Y esto se ve a cada paso del Evangelio. Si se examinan las parábolas en su contexto, se descubre enseguida que Jesús se sirve de

ellas como modo de enseñanza, pero no como mera paráfrasis de la doctrina conocida, sino con un vigor que corresponde al contenido nuevo de lo que predica. También utiliza muchos recursos retóricos, algunos de ellos muy audaces, como la frase «En verdad, en verdad, os digo...» o el uso de la pasiva divina, para señalar la acción de Dios, etc. No es momento de detenernos en cada uno de estos procedimientos: se verán con detalle en su momento.

Sin embargo, el asombro ante este modo de enseñar no puede quedarse en mera admiración. La búsqueda no puede detenerse al descubrir la gran personalidad humana de Jesús. Hay que ir más al fondo y llegar a afirmar a Jesús como el revelador de Dios. Es lo que dice el mismo Jesús:

«Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo» (Mt 11,25-27).

Y aquí acabarán estas páginas. Espero, es el propósito que guió el curso y lo que nos ha llevado a reproducirlo por escrito, que al final todos sepamos comprender mejor el Evangelio, y, obviamente, podamos comprender también mejor a Jesús. Como dice San Juan casi al final de su relato: «Muchos otros signos hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no han sido escritos en este libro. Sin embargo, éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 21,30-31).